



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14050

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la PENÍNSULA: Un mes, 150 ptas.—Tres meses, 450 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

LUNES 28 DE SEPTIEMBRE DE 1908

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correos póstales en París: Mr. A. Borette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 11, Vauxbourg-Monmartre.

MARINA MERCANTE

Vigilancia para seguridad en la navegación

La frecuencia con que se suceden catástrofes y siniestros en la navegación, con pérdidas de barcos y vidas humanas, ha hecho pensar en Francia, en la necesidad de adoptar reglas generales concernientes a la seguridad en la Marina mercante.

Por circular reciente, se prescribe a los prefectos marítimos la conveniencia de comisionar en los puertos, con el indicado objeto, un oficial de Marina y otro de Sanidad, cuya misión tenga el doble objeto de la seguridad y la higiene en los barcos.

El primero, elegido entre los que hayan hecho campaña á bordo de buques de altura, deberá asegurarse de la navegabilidad de los barcos, dirigiendo principalmente su atención sobre los objetos de armamento y repuesto, instrumentos y documentos náuticos, material de salvamento, etcétera.

Por su parte, el oficial de Sanidad examinará las condiciones de habitabilidad de los barcos, menaje de los locales, calidad de los víveres, material médico y farmacéutico, etcétera.

El propósito es conseguir que se reduzca todo lo posible, cada año, la cifra de los siniestros. Los armadores son los primeros interesados en conservar sus barcos y sus tripulaciones, y además, en los puertos de armamento, los administradores de la inspección marítima, representantes del ministerio de Marina, tienen por misión principal vigilar la seguridad y la salud de las gentes de mar.

Es indiscutible que la navegación de altura es peligrosa en extremo, tanto por la clase de trabajos á que se exponen las tripulaciones, como por las circunstancias de tiempo y de lugar como son las del estado del mar, las nieblas, colisiones, etc á que forzosamente están sometidos los barcos.

Es inevitable, desgraciadamente, que las pequeñas embarcaciones se pierdan ó no encuentren condiciones favorables para orientarse bien; que hombres habituados á afrontar todos los peligros cometan alguna imprudencia que les cueste la vida; y ya que esto quede fuera de toda previsión y de los cuidados sociales, hay derecho á exigir, por lo menos, que se ejerza la necesaria vigilancia é inspección respecto á las condiciones de navegabilidad é higiene y salubridad de toda clase de embarcaciones.

Para EL ECO DE CARTAGENA

A UNA MUÑECA

Es rubita como todas ellas, de immaculado blancor y su rostro picareco, bonito, de rosadas mejillas resplandeciente juventud, ojos no celestes pero celestiales y de endiablado mirar que trastorna... que enloquece... que abraza... y la boquita de labios sanguíneos, húmedos, escitantes dibujan siempre una celestial sonrisa que deja ver sus dientecitos, pequeño y blancos y unidos como los de una criolla. Un cuello arrogante, carnoso y fino, cuello de cisne, sustenta la cabecita de «una poupée» que esten-

diéndose en correctas y ondulantes líneas termina en exuberante pecho que se yergue altivo, pugnando por escapar de la débil opresión de su blusita.

Y las pronunciadas líneas que muestran la esquisitez de su busto, busto de una mujer, de una diosa, languidecen, prolongándose, confundiendo en las débiles pero correctas formas de la niña, de la muñeca.

Su traje elegante, sencillo, vaporoso de calado cuerpo y atallada y corta falda, dejan ver aquel; la nieve de sus carnes entre sus sutiles aprisionajes, esta; su cinturita, frágil, esbelta y más abajo su piecicito que como toda ella, diminuto encantador, pié de reina, que encerrado en escotado zapato negro de alto tacón, mostraba el principio de una bien modeada pierua, dejando adivinar mil tesoros de encantos cultos tras aquellos trapitos que componían su artística «toilette».

Tal era el conjunto armonioso de «La Muñeca», muñeca de carne, pero que á semejanza de las otras que sirven de distracción y juego de los pequeños, esta era juguete del destino impío, que igual que los chicos, empiezan á jugar con sus muñecos, dándoles trastazos y apenas ven desaparecer una parte de «ella» cebábase en su exterminio, la destrozan, la mutilan, dando fin con ella... con la muñequita, arrancándole trozos de su alma, de su amor, de su vida... y sin embargo mientras sufre su cuerpo y padece su alma como todos los muñecos permanece con su carita de ángel y risa de gloria, sin que nunca desaparezca, á no ser en aquellas que destruyen su rostro la mano traviesa del chiquitín, en ésta tan sólo la muerta, y aún después seguiría riendo su carita de ángel como si su imaginación muerta encarnase en su alma y añorase dichas de amor.

Pobre muñequita mía! Por qué te dotaría la Naturaleza de eso que llaman corazón?

Porque sí, mi muñequita mientras sus labios dibujaban una interminable sonrisa que nunca desaparecía de su carita, que llegaban hasta lo más hondo de mi corazón. Si era una muñequita, hasta su nacimiento era un misterio, había salido de «a gran fábrica «El Orbe Humano».

Mi muñequita quería, amaba, estaba herida de amor, pero de un amor profundo, sublime... incapaz de una muñeca.

Y contándome sus dolores, siempre siempre con la risa en su boquita seguía su historia, que me conmovía, y gruesas lágrimas lloraba mi alma... de pronto arrugaba su ceño y su carita quería tomar expresión de dolor, pero rápidamente, escapábase de su garganta una carcajada sonora y cristalina, desapareciendo aquella fugaz nube de melancolía que su divino rostro había invadido... y proseguía su narración...

«Oh, muñequita mía! En tí adivino á la niña en lo ingenua, á la mujer en lo bella, á la amada en su abnegación y á la Muñeca en su desgracia que el infortunio en raro capricho como juguete suyo le da.

Bendito seas mil veces Muñequita mía! pues si bien las otras despiertan en las niñas el amor de madre, tu con tu belleza, con tu desgracia, haces brótar el no menos santo amor en el corazón de los hombres.

Bendita seas Muñequita mía...!

SOCIOLO.

Cartagena 17-9-08.

Higiene local

Hemos hecho una visita al llamado barrio de pescadores y ¡que impresión

más desagradable hemos sacado de él!

Las calles empinadas y estrechas, careciendo de adoquinado adonde se estancan las aguas sucias que vierten los vecinos, se asemejan á los tortuosos arrabales de una población morisca á la cual no llega ni remotamente el más ligero vestigio de limpieza é higiene.

Por curiosidad penetramos en una de las viviendas de la calle de Orcei y en un cuarto situado en la planta baja del edificio, con una escasa y pobre ventilación, vimos hacinados siete seres vivientes, repartidos en las dos mismas habitaciones de que consta aquel asqueroso cuartucho.

El retrete, que despidió un hedon nauseabundo está situado junto á la cocina y el dormitorio y éste carece en absoluto de ventilación pues á él no llega más aire que el enrarecido que penetra por una estrecha abertura mal llamada puerta.

La contemplación de tanta miseria nos produjo una serie de amargas reflexiones y con verdadero espanto pensamos, cuán difíciles serían todas las medidas sanitarias que se adoptasen en el desgraciado caso de que nos visitara una epidemia.

Abí, se estrecha la higiene ante la falta de medios para aplicarla, solamente la piqueta demoledora, ó el fuego que todo lo purifica, remediarían los estragos que pudieran producirse en el caso de que cualquier infección sentara sus reales en aquel inmundo barrio.

Es más, el saneamiento de Cartagena no podrá verificarse ó será siempre deficiente, si al propio tiempo que se construye el alcantarillado y se dota de aguas abundantes á la población, no se convierten en ruinas todos esos tugurios y otros que existen en calles más céntricas, construyendo en su lugar saneados é higiénicos edificios.

La solución de este problema, se la brindamos á la Junta Municipal de Sanidad, y al Sr. Alcalde presidente de la misma por si encuentra de cualquier forma medios apropiados, para que en un plazo no lejano, desaparezcan esos constantes y permanentes focos de infección.

El impuesto sobre las utilidades

Al implantarse en España, en el año 1900, el impuesto sobre las utilidades de la riqueza mobiliaria, no se hizo, en realidad, mas que establecer un principio económico tributario, transforman el nombre de diversos impuestos que regían con distintas denominaciones, y llevando á contribuir la renta de los valores del Estado, sin llamarle desquintos, como se había hecho en otras épocas, para que no produjera mal efecto.

Pero ni era posible organizar de un modo perfecto ese impuesto, ni sus rendimientos podían alcanzar á la sazón la cifra que le corresponde por todos los conceptos contributivos.

En algunos casos la Administración para elevar los ingresos, acudió al inadmisibles sistema de violentar no sólo el espíritu de la ley, sino hasta las conveniencias económicas del país. Esto ha dado lugar á que los intereses lesionados establecen pleitos contenciosos, en los cuales recayeron sentencias que interpretaron la ley de un modo equitativo. Pero aún quedan otros puntos que aclarar ó reformar, para que no siga el Estado poniendo en acción la fábula de la gallina de los huevos de oro.

Por el contrario, en otros casos la deficiente investigación, ó la dificultad de hallar la verdadera base tributaria, hizo que no contribuyese toda la utilidad imponible, que está llamada á sostener las cargas públicas. Algo se ha adelantado en ese camino, como lo comprueban los progresos que van obteniéndose en la recaudación.

Pero si se salvan las omisiones y se corrigen los defectos que la experiencia ha puesto de relieve, es indudable que el principio del impuesto puede tener desarrollo, y ser bien administrado, una de las más sólidas bases de nuestro sistema tributario para el porvenir.

Para comprenderlo, basta leer las bases de imposición del tributo, y se verá que si bien aparece falta de equidad entre unas y otras tarifas, y entre unos y otros conceptos, cabe aumentar el tanto por ciento en unos, crear nuevos epígrafes omitidos, y sobre todo, aclimatar el impuesto, por-

que hay muchos que se hallan sujetos á él, y todavía no lo pagan.

Este resultado no se conseguirá, sin embargo, si no se establecen, en ciertos casos, cuotas módicas; si la Administración no es suave con el contribuyente de buena fe, y si no logra generalizar la imposición del tributo.

Hay que recoger muchos pocos para engrosar el caudal del Erario. Y debe cuidarse de no imposibilitar la creación de riquezas agobiando de tributos á las nuevas industrias ó empresas de producción y de comercio porque haciéndolo así, la Hacienda no recoge por lo pronto el fruto apetecido, y lo que es peor aún: imposibilita obtenerlo después, por no poder desarrollarse dichas empresas.

Acaso en algunas de ellas conveniría conceder las exenciones tributarias por un año, de que gozaban antiguamente las industrias nuevas, ó por lo menos disminuir el gravamen ó eximirlo sobre determinados elementos, que son, en realidad, catgas y no beneficios.

Porque, repetimos, lo que se necesita en España para fomentar la producción del comercio en grande escala es favorecer la unión de los capitales y el establecimiento de grandes empresas; única manera de poder luchar con la competencia extranjera. Y si antes de obtener beneficios verdadero, el Fisco se apodera de una parte del capital por derechos reales, Timbre y utilidades, y desde el primer instante absorbe el impuesto, por unos ú otros conceptos, las escasas utilidades que realizan las empresas, no hay que pensar en que nadie se dedica á organizar otras nuevas.

Hay, pues, que proceder con equidad y con un criterio muy elevado para no impedir el desenvolvimiento de la riqueza, y completar nuestros elementos productores, á la vez que para conseguir el desarrollo del impuesto sobre las utilidades y su rendimiento.

El estudio es difícil, y para hacerlo se necesita tiempo y un criterio amplio y elevado. Con eso, como con otros trabajos, modestos en apariencia, cabe conseguir dos fines igualmente loables: hacer equitativo ese impuesto, y obtener mayor recaudación en lo venidero.

EL ALIMENTO DE LOS DIOS 250

otro tiempo, habían exigido los más violentos esfuerzos de su credulidad para mantenerse; lo que él solamente había pensado antes, lo creían ahora los gigantes.

El caosano llegó, por fin, á dominar los máculos del sabio; la fiebre asotada sus venas, y al tuvo un momento en que se levantó su espíritu, ínter para caer en la prostración. En el instante mismo de ver realizado su sueño, en el momento preciso de triunfar, decaía su fe. ¿Caso podía prevalecer aquel conjunto de aspiraciones y de promesas, aquella gallarda juventud con su resolución firmísima? Redwood parecía estar soñando, y los jóvenes gigantes también soñaban: ¡les hacía soñar el esplendor salvaje de la juventud! Habían soñado con armas y con resistencias, y creían en una realidad colosal que se desharía en la nada al amanecer del siguiente día.

El herviente mundo de hombres pequeños, el mundo de la euidia y de «las malas acciones; el mundo de la avaricia estúpida, del loco despilfarrero y de los placeres; el mundo de la locura atrevida, de la política enferma, del juego, de las industrias fraudulentas y de las especulaciones engañosas; ese mundo no parecía tener ni inventiva, ni imaginación, ni operanzas, ni valor, y sólo una infección múltiple y devastadora de bojeza y necesidades ruines que abrumaba á los que se propo-

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 251

nia combatir. Vea el sabio á los gigantes navegando sobre una pequeña balsa de luz; por un océano inmenso de mezquindades. Comprende en su interior que aquel mundo nuevo era el objetivo de la contienda y que tenía que sucumbir impresionablemente el horrendo y miserable mundo viejo, el de la muerte dentro de la vida, y tal cosa era su sueño, no podía ser más que un sueño, de que el sabio iba á despertar para encontrarse con los gigantes asesinados, con el alimento suprimido, y él hecho prisionero. ¿Acaso la prisión y la cadena no son el símbolo de la vida? Esto era el punto culminante y el final de todos los sueños del Redwood. Despertaría con la efusión de sangre, y la batalla le haría comprender que el alimento era la más loca de todas las fantasías, varía que toda aquella esperanza y aquella fe que con tanta ansiedad trataba de mantener, no eran más que pelotillas de color sobre una esfera imagnada. Y tan profundo y tan real fué entonces su abatimiento, que apretó los puños contra los ojos para no abrir estos y ver que su sueño había desaparecido definitivamente.

Los jóvenes gigantes hablaban entre sí en tono muy bajo, acompañados de la melodía ruidosa que producía los herreros. La mare de la duda bajaba! Redwood oía las voces de los gigantes y observaba los movimientos que las acompañaban.